

Comentario a la exhortación apostólica postsinodal *Vita Consecrata*

Jesús Castellano Cervera, o.c.d.

El 25 de marzo de este año, en la Solemnidad de la Anunciación del Señor, Juan Pablo II publicaba la Exhortación Apostólica Postsinodal *Vita consecrata*. Llegaba así al final un largo proceso sinodal, durado cuatro años, de estudio y reflexión acerca de la vida consagrada, desde que en el 17 de enero de 1992 se diera a conocer el tema elegido para la IX Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos: La vida consagrada y su misión en la Iglesia y en el mundo.

Este documento, esperado por toda la Iglesia, llega a poco menos de año y medio de la conclusión del Sínodo, celebrado en octubre de 1994 y ha sido acogido con entusiasmo por su estilo positivo y alentador, por la novedad de su orientación teológica y su expresión espiritual, por los amplios horizontes abiertos a la misión de la vida consagrada, en sintonía con los anhelos de los Padres sinodales y de las *Catequesis* sobre la vida consagrada con las que el Santo Padre quiso acompañar y prolongar la reflexión del Sínodo de los Obispos.

Una atenta lectura del documento nos revela su gran riqueza de temas y orientaciones. Ante la imposibilidad de ofrecer un resumen de su contenido creo que es oportuno presentar unas claves de lectura y comprensión que ayuden a acercarse positivamente a su lectura y favorezcan su asimilación y «recepción» vital, como respuesta al magisterio del Papa.

1. El título y los destinatarios,

No será superfluo empezar por el mismo título y destinatarios del documento para valorar de manera adecuada su significado.

Se trata de una *Exhortación*, palabra que nos ayuda a comprender el carácter espiritual y doctrinal del documento, con su tono característico de promoción de la vida consagrada, desde una perspectiva en la que se ponen de manifiesto sus valores ideales, sus dificultades y los caminos abiertos para su realización en el futuro de la Iglesia y de la sociedad. El mismo Santo Padre subraya su deseo de que la lectura de este documento suscite una experiencia de gozo y de aliento, como la Carta que los Apóstoles escribieron en el Concilio de Jerusalén (*Vita consecrata*, 13).

Es una *Exhortación Apostólica*. Tiene, pues, la autoridad misma del Papa que, recogiendo los deseos del Sínodo en las *Proposiciones* aprobadas por los Padres y que condensaban sus trabajos y conclusiones, ha querido, con su misma autoridad magisterial, ofrecer una teología segura de la vida consagrada en el momento actual de la Iglesia, clarificando, como diremos más tarde, algunos problemas y pronunciándose sobre algunas cuestiones pendientes que el mismo Sínodo había confiado a su discernimiento y autoridad. Tiene, pues, una visión universal y está dirigida a toda la Iglesia, con una perspectiva amplia y con un tono de certeza teológica y de aliento pastoral que son características del magisterio de Juan Pablo II.

Es finalmente una *Exhortación Apostólica Postsinodal*. No sólo porque cronológicamente nos llega tras la celebración del Sínodo de octubre de 1994, sino en cuanto es fruto de aquella asamblea, recoge su eco y sus deseos, como testimonia el hecho de que el Papa mismo cita las *Proposiciones* finales, aprobadas por el Sínodo mismo al terminar sus trabajos. Esta continuidad con el Sínodo a la que alude el Santo Padre en la Introducción del documento (*Ib.*, n. 4) hace que más que *Exhortación Postsinodal* se pueda hablar, como algunos prefieren, de *Sinodal*, en cuanto refleja la comunión entre el Papa y los Obispos reunidos en Sínodo y se vale también de todo el trabajo preparatorio que implicó en el momento oportuno una profunda colaboración eclesial.

La *Exhortación* está dirigida a toda la Iglesia: Obispos, sacerdotes, diáconos, institutos de vida consagrada y sociedades de vida apostólica, fieles todos. No es, pues, una Carta dirigida sólo a las personas consagradas. El Papa presenta con su autoridad la vida consagrada a todo el Pueblo de Dios, a los Pastores y a los fieles (*Ib.*, n. 4), para que un mismo pensar y una misma orientación teo-

lógica, espiritual y apostólica, en todo el mundo, haga crecer la comunión entre la diversas vocaciones y estados en la Iglesia. Con este documento, de hecho, se cierra el círculo de las Exhortaciones dirigidas a los laicos, a los sacerdotes y a las personas consagradas, como fruto de los Sínodos recientes en los que se ha puesto la atención en esas tres vocaciones fundamentales. Y es la primera vez que un documento pontificio de tanta amplitud y envergadura presenta a la totalidad de la Iglesia el misterio y la misión de la vida consagrada.

Todo ello a la luz de una eclesiología de comunión, la que puso como cimiento el Sínodo de 1985 y desarrolló de modo especial la *Christifideles Laici*, sobre todo poniendo de relieve la vocación y misión de los laicos; con la perspectiva de la necesidad de una amplia y urgente formación de los pastores, presentada en la *Pastores dabo vobis*; y ahora con una amplia síntesis de la consagración, la comunión y la misión eclesial como nos la presenta *Vita consecrata*.

2. Estructura del Documento

Una buena presentación inicial del documento para una adecuada lectura y comprensión requiere captar su estructura fundamental.

La Exhortación tiene una estructura de fácil comprensión. Una amplia *Introducción*, ofrece por una parte, ya en el n. 1 la fuerte afirmación de lo esencial de la vida consagrada en su referencia trinitaria y cristológica, eclesial y social. El Papa afirma sin titubeos desde las primeras palabras el origen evangélico de la vida consagrada «enraizada profundamente en los ejemplos y enseñanzas de Cristo el Señor...»; y le asigna el ser como la manifestación típica y permanente de la visibilidad en este mundo de «los rasgos característicos de Jesús, virgen, pobre y obediente»; una presencia que atrae todos los demás fieles a la plenitud del Reino. La presencia de la vida consagrada en la Iglesia es la historia viva y permanente que a través de los siglos han escrito todos aquellos que han sido llamados y han elegido el especial seguimiento de Cristo. Seguir a Cristo, estar con Él, dedicarse con Él y como Él al servicio del Padre y de los hermanos es un rasgo esencial de esta vocación en la Iglesia y en el mundo (*Ib.*, n. 1). Su mismo carácter típicamente eclesial descubre en la vida consagrada un modo de ser y representar a la Igle-

sia Esposa, «en el radicalismo del don de sí mismo por amor al Señor Jesús y, en Él, a cada miembro de la familia humana» (*Ib.*, n. 3).

Tras esta afirmación, que arranca del corazón del Papa, como ya hiciera el mensaje del Sínodo, una acción de gracias por el don de la vida consagrada en la Iglesia (*Ib.*, n. 2), se reafirma esta plena eclesialidad y se hace memoria del Sínodo, cuyos frutos quiere cosechar la Iglesia a través de la Exhortación (*Ib.*, nn. 3-4).

Sigue una amplia descripción de la realidad histórico-teológica de la vida consagrada y de su pluriformidad, desde la antigüedad hasta nuestros días, como la presentación de un árbol frondoso con múltiples ramas, según la expresión de la *Lumen gentium*, 43, o como una manifestación del misterio de Cristo en el tiempo y en el espacio, sin soslayar una breve anotación acerca de la situación de prueba y esperanza que atraviesa la vida consagrada (*Ib.*, nn. 5-12).

Los tres capítulos en que se estructura el documento pontificio están marcados por una serie de títulos latinos de fácil retención y con una explicitación de su amplio contenido. De esta forma la Exhortación ha querido recoger las tres palabras claves de la teología y de la misión de la vida consagrada en la Iglesia, tal como estaban expresadas en las proposiciones del Sínodo: Vida consagrada, comunión, misión.

El primer capítulo tiene como título: *Confessio Trinitatis*, explicitado en la frase: *En las fuentes cristológico-trinitarias de la vida consagrada*. Es el capítulo dedicado a la teología de la vida consagrada, desde una perspectiva trinitaria, con un tono de alta meditación teológica, que se inspira en el misterio de la Transfiguración del Señor.

El segundo capítulo lleva el título *Signum fraternitatis*, explicitado como *La vida consagrada signo de comunión en la Iglesia*. De carácter a la vez teológico y práctico presenta la vida consagrada en la comunión eclesial, con una primera visión de su carácter comunitario a la luz del misterio trinitario, sus implicaciones eclesiales de comunión en la Iglesia universal y local, su apertura a la colaboración con los laicos. Han quedado en este capítulo algunos temas característicos de algunas formas de vida consagrada y todo el sector pedagógico espiritual de la pastoral vocacional y de la formación.

El tercer capítulo lleva por título latino *Servitium caritatis* y traduce su contenido este epígrafe: *La vida consagrada epifanía del amor de Dios en el mundo*. Se trata del capítulo más amplio. Su centro es la misión apostólica, con una perspectiva pastoral y espiritual y con unos horizontes tan amplios como son los de la misión de la Iglesia y en los que la vida consagrada se hace presente.

En esta visión estructural tripartita se han ido colocando todas las piezas de un discurso complejo en el que se han acoplado las mil cuestiones recogidas en el proceso sinodal, con una cierta impresión de abundancia, riqueza, variedad de temas. Las repeticiones, o más bien las reiteraciones de algunos temas en los diversos capítulos, evidencian también el hecho de una interacción entre la teología y la espiritualidad, la consagración y la misión, la eclesialidad y la apertura al mundo que hay que amar y renovar en Cristo. Son dimensiones de la vida consagrada que vertebran todo el documento.

La *Conclusión*, amplia también, se abre con una afirmación importante: la nota de la gratuidad del amor personal a Cristo y del servicio a los hermanos que debe ser testimonio de la vida consagrada en la Iglesia en el mundo. Una Conclusión que se abre hacia el futuro, con una fuerte llamada a todos, para que conozcan y reconozcan la dignidad de la vocación a la vida consagrada. Finalmente se cierra la Exhortación con una ardiente oración a la Trinidad y a la Virgen María.

3. La infraestructura de la Exhortación Apostólica

El documento pontificio sobre la vida consagrada no sólo tiene una estructura bien clara, aunque se entrecrucen muchas líneas de teología y de espiritualidad; tiene también su infraestructura doctrinal, que es ese haz de referencias que paralelamente acompañan el texto y se reflejan en las notas y en las referencias a pie de página. Vale la pena que nos detengamos en este detalle.

La Exhortación tiene una amplia infraestructura bíblica. Salvo error u omisión, hay quien ha detectado 186 citas bíblicas explícitas, la mayor parte de ellas del Nuevo Testamento, repartidas de esta manera: 7 citas en la Introducción, 95 en el capítulo primero, 35 en el segundo, 43 en el tercero, 6 en la Conclusión. Prevalece, pues, ampliamente la Biblia en el capítulo primero, de carácter más

doctrinal, con una referencia o un icono inspirador que es el episodio evangélico de la Transfiguración, aunque en el documento se pueden encontrar otros iconos evangélicos o imágenes bíblicas; entre ellas, por el énfasis puesto por el Papa, podemos recordar: el lavatorio de los pies (*Ib.*, n. 75) y la unción de Betania (*Ib.*, n. 104).

La tradición patristica de Occidente y Oriente está ampliamente representada con textos de gran valor espiritual y de eficaz claridad teológica. Entre los Padres de Oriente y Occidente cabe recordar, sin hacer una enumeración exhaustiva, algunos textos claves de Ignacio de Antioquía (*Ib.*, n. 23), Cipriano (*Ib.*, n. 41) Benito (*Ib.*, n. 7), Jerónimo (*Ib.*, n. 14), Atanasio (*Ib.*, n. 84), Simeón el Nuevo Teólogo (*Ib.*, n. 20), Agustín (*Ib.*, nn. 24, 41, 75, 82, 109), Gregorio Magno (*Ib.*, n. 82), Basilio Magno (*Ib.*, n. 42), Bernardo (*Ib.*, n. 52). Entra también en escena la teología patristica y la teología de los Santos, con citas o referencias bien traídas de Fundadores, Fundadoras y otros Santos y Santas de la Iglesia, como por ejemplo: Isabel de la Trinidad (*Ib.*, nn. 26, 76) Teresa del Niño Jesús (*Ib.*, nn. 34, 46, 77), Pedro Damián (*Ib.*, n. 30), Vicente de Paul (*Ib.*, nn. 75,82), Paulino de Nola (*Ib.*, n. 82), Francisco Javier (*Ib.*, n. 77), Angela de Foligno (*Ib.*, n. 104), Francisco de Asís (*Ib.*, nn. 18, 46), Tomás de Aquino (*Ib.*, nn. 19, 35) Domingo de Guzmán (*Ib.*, n. 36), Catalina de Siena (*Ib.*, n. 46), Teresa de Jesús (*Ib.*, nn. 46, 105), Ignacio de Loyola (*Ib.*, n. 46), Juan de la Cruz (*Ib.*, n. 59), Antonio M. Zaccaria (*Ib.*, n. 55), Juan Bosco (*Ib.*, n. 96). De esta forma la vida consagrada recupera sus modelos históricos y adquiere sentido personal en la memoria viva de los Fundadores y de otros santos y santas de la tradición.

Por otra parte, como cabía esperar, se encuentra, aunque con sobriedad en los textos, una serie de ricas referencias al magisterio del Vaticano II, de Pío XII, Juan XXIII y sobre todo de Pablo VI y de Juan Pablo II, así como a los documentos de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica; hay también una cita del Documento del CELAM de Santo Domingo.

Por último, el entramado de la Exhortación hace amplia referencia a las *Proposiciones* aprobadas por los Padres del Sínodo y remitidas al Papa para la elaboración del documento. Estas *Proposiciones* a su vez se refieren a las cuestiones reales abordadas en el Sínodo, preparadas por los documentos previos como los *Lineamenta*,

el *Instrumentum laboris*, la *Relación antes de la discusión* y el *Mensaje* del Sínodo. De esta forma se refleja en la Exhortación la realidad misma de la vida consagrada, en su pluriforme realidad, misión y presencia eclesial. No es pues un documento que viene sólo de lo alto, sino que es fruto de una amplia y sentida comunión eclesial, requerida por el mismo Papa.

4. Claves de lectura

Parece oportuno entrar en el corazón mismo de la Exhortación para comprenderla mejor, a través de una serie de claves de lectura. Vamos a indicar en concreto siete claves de lectura que son como otros tantos surcos abiertos que atraviesan el documento y nos ayudan a comprenderlo mejor.

La clave histórico-carismática

La vida consagrada es una experiencia de vida eclesial que tiene sus raíces en el Evangelio mismo, en la misma forma de vida del Señor propuesta a sus discípulos: «El fundamento evangélico de la vida consagrada se debe buscar en la especial relación que Jesús en su vida estableció con sus discípulos, invitándoles no sólo a acoger el Reino de Dios en la propia vida, sino a poner la propia existencia al servicio de esta causa, dejándolo todo e imitando de cerca su *forma de vida*» (*Ib.*, n. 14). Su desarrollo en el tiempo está marcado por la misma evolución de la Iglesia, bajo la guía del Espíritu Santo. Por eso la enumeración de las formas de vida consagrada antiguas y nuevas forma parte del entramado de la Introducción (*Ib.*, nn. 5-12).

En el primer capítulo hay también una referencia a la historicidad de la vida consagrada en su realidad carismática, que hunde sus raíces en la Trinidad y exige una fidelidad creativa (*Ib.*, n. 36-37). La dimensión histórica se confronta con las dificultades del momento actual que son un desafío histórico (*Ib.*, n. 63) a partir de la pastoral vocacional y de la formación, con una llamada a construir el futuro, en comunión con toda la Iglesia. Aquí resuena uno de los textos más citados de la Exhortación: «Vosotros no solamente tenéis una historia gloriosa para recordar y contar, sino una gran historia que construir» (*Ib.*, n. 110).

Desde su fundamento evangélico, a través de los caminos de la historia, donde el Espíritu va suscitando y renovando las diversas formas de vida, en fidelidad renovada al carisma, se construye el futuro de la vida consagrada en la Iglesia. Lo nuevo y lo antiguo, la tradición y la creatividad, son acciones del mismo Espíritu, presente siempre en los carismas y en su proceso histórico de renovación y fidelidad, como afirma el Papa en varios lugares, a partir de la misma Introducción (*Ib.*, nn. 4.5.13).

Una teología trinitaria

Desde el principio mismo de la Exhortación (*Ib.*, n. 1) el Papa propone la clave de comprensión teológica de la vida consagrada, siguiendo una línea que ya formaba parte del *Instrumentum laboris* y estaba bien presente en la Proposición n. 3. Se trata de una especie de meditación teológica acerca de la vida consagrada en clave trinitaria, con una fuerte acentuación cristológica que constituye el hilo conductor de la Exhortación desde el principio hasta el fin.

Con una acentuación contemplativa en torno al misterio de la Transfiguración, la Exhortación propone y va desarrollando una clave trinitaria de la vocación, del seguimiento, de la consagración y de la misión. Es la gran perspectiva del primer capítulo (*Ib.*, nn. 17-22): la inspiración trinitaria de la vida consagrada que llega hasta una nueva e inédita teología de los votos, casi descubriendo que los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia, vividos por Cristo nos reflejan algo del *ethos* trinitario, del modo de ser de la Trinidad. Misterio que revela la hondura de la vida consagrada; vida consagrada que es a la vez reflejo de la Trinidad.

Hay en esta opción teológica algunos valores de gran envergadura. De la Iglesia *ex Trinitate* se ha pasado a una coherente teología de la vida consagrada a partir de la Trinidad. Con ello se ha puesto de relieve que la teología trinitaria es hoy la mejor hermenéutica y la última frontera teológica, incluso en el diálogo ecuménico, y que vale la pena que la teología de la vida consagrada remonte el vuelo hasta la Trinidad y la enraice en el misterio que la revela, para ser así también «confesión» que agradece y testimonia. Ante la tentación de una vida consagrada medida y programada sólo a partir de proyectos antropológicos, el Papa nos invita a remontarnos al misterio, a su fuente misma y su modelo.

Esta dimensión trinitaria explicitada en su desarrollo de la economía de la salvación permite iluminar las grandes temas de la vida consagrada: vocación, seguimiento, consagración, consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia. Se valora también en el segundo capítulo la comunión como experiencia trinitaria, espacio trinitario del ser y del vivir, comunión a imagen de la Trinidad; y en el tercero se habla de la misión como expresión de la comunión de amor de la Trinidad en su extroversión salvadora hacia toda la humanidad.

Todo tiene su expresión cabal en la dimensión cristológica que explicita y hace concreto el dinamismo trinitario del Padre y hacia el Padre con la mediación de Cristo y la configuración a Él en el Espíritu Santo.

Todo parte del episodio histórico y misterioso del Tabor. El Papa subraya, para iluminar la teología y la experiencia espiritual de la vida consagrada, el hecho de ser un momento decisivo del ministerio de Jesús y la inspiración que recibe de este hecho toda la Iglesia para seguir a Cristo, atraídos por la luz que emana el Verbo Encarnado, y de modo especial los que atraídos por la gracia, se quedan para siempre con él en ese especial seguimiento que es la opción por Cristo como realidad de valor absoluto, mediante los consejos evangélicos (*Ib.*, n. 15).

En realidad, aunque todos en la Iglesia están llamados a vivir el misterio de Cristo, la entrega total de la vida mediante los consejos evangélicos marca la existencia de todos los llamados a una adhesión total a la persona de Jesús y a confirmar su existencia con la suya. Los consejos evangélicos presentan consigo en la profundidad de la experiencia de Cristo algo de su misma relación trinitaria. Son una especial confesión de la Trinidad porque participan de la hondura trinitaria de la vida misma de Jesús (*Ib.*, n. 16)

He aquí una inspiración fundamental que orienta la dimensión trinitaria de la vida consagrada tal como la propone la Exhortación en relación con el Padre por la iniciativa de Dios en la vocación, la relación con Cristo en el seguimiento, la conexión con el Espíritu en la consagración (*Ib.*, nn. 17-19). Por estas páginas discurre toda la buena savia cristológica, concentrada finalmente en la reflexión original y en parte inédita respecto a otros documentos, de la dimensión trinitaria de los consejos evangélicos (*Ib.*, nn. 20-21).

Una dimensión que no sólo nos lleva a la comunión de la vida trinitaria de Jesús y de los consagrados, sino que marca claramente su existencia por el «Reino de Dios» en esa extroversión trinitaria de Jesús y de los seguidores de Jesús hacia el mundo, para realizar el Reino de Dios (*Ib.*, n. 22); un párrafo que tiene hondura y realismo en el modo de indicar el sello trinitario apostólico de la vida consagrada, su ser «pro-existencia», existencia por y al servicio de, desde la libertad de la obediencia, desde la hondura y totalidad del amor virginal, desde la pobreza voluntaria. Por eso, como resumen, se afirma: «Verdaderamente la vida consagrada es memoria viviente del modo de existir y de actuar de Jesús como Verbo encarnado ante el Padre y ante los hermanos. Es tradición viviente de la vida y del mensaje del Salvador» (*Ib.*, n. 22).

El seguimiento, provocado por la llamada y la atracción constante de Jesús, por la fuerza de la divina belleza de su persona, de sus palabras y de sus obras, tiene en la vida consagrada, a la luz del misterio de la Transfiguración, una lógica prolongación en su fidelidad al misterio de Cristo Crucificado y en la adhesión al Resucitado; es la dimensión pascual de la vida consagrada, expuesta por el Papa con amplio realismo y riqueza espiritual; de este modo hay que ser testigos de Cristo en el mundo haciendo visible su presencia y hay que orientar a toda la Iglesia en ferviente y activa actitud de vigilancia y espera hacia el Cristo de la gloria, cuya presencia se anhela en la medida del amor que se le tiene, y el cual tiene que venir definitivamente. Tenemos aquí las dimensiones de una cristología que acentúa el seguimiento del Jesús de la historia y de la vida pública, del Cristo de la Pasión y de la Cruz, del Resucitado presente en la Iglesia, del Señor glorioso que tiene que venir al final de los tiempos. Y de cada uno de ellos, por muchas razones, y de muchas maneras, la vida consagrada es presencia y testimonio, tras conformar su vida a estas dimensiones de Cristo (*Ib.*, nn. 23-27).

La dimensión pneumatológica revela la acción constante del Espíritu en la consagración y en la misión de Cristo, y por ello en la consagración y misión de los llamados a este seguimiento del Hijo amado. Dentro de la perspectiva trinitaria es bella la múltiple referencia al Espíritu. Una referencia que la Exhortación sintetiza en el apartado IV del primer capítulo con una acentuación peculiar: *Guiados por el Espíritu de santidad*. En él se hace una exposición peculiar del carisma, de la fidelidad creadora, de la llamada a la

santidad como realidad que hay que vivir y testimoniar en el mundo (*Ib.*, n. 35-40).

La eclesialidad de la vida consagrada

El primer reflejo de la dimensión trinitaria y del fundamento evangélico de la vida consagrada se propone en su esencial dimensión eclesial. También aquí se trata de una fuerte y sugestiva afirmación de la simbiosis entre Iglesia y vida consagrada, sin que se pueda explicar la una sin la otra en el proyecto de Jesús.

Ya en la *Introducción*, y especialmente en el n. 3 se enuncia el gran principio, implícito en la estructura misma de la *Lumen Gentium*, que ha insertado la dimensión de los consejos evangélicos en el cap. V acerca de la vocación universal a la santidad y ha dedicado el capítulo VI a los religiosos: «En realidad, la vida consagrada está en el corazón mismo de la Iglesia, como elemento decisivo para su misión...porque pertenece íntimamente a su vida, a su santidad y a su misión» (*Ib.*, n. 3).

El capítulo primero ofrece, dentro de la visión trinitaria, una espléndida ilustración de la eclesialidad, sobre todo en el párrafo III que lleva por título: *En la Iglesia y para la Iglesia*. Hay en el n. 29 una afirmación importante: «El concepto de una Iglesia formada únicamente por ministros sagrados y laicos no corresponde, por tanto, a las intenciones de su divino Fundador tal y como resulta de los Evangelios y de los demás escritos neotestamentarios».

Desde esta perspectiva el documento desarrolla las relaciones entre la vida consagrada y las otras vocaciones o estados en la Iglesia, afirmando la objetiva excelencia del ideal de los consejos evangélicos, la especial y nueva consagración, así como la complementariedad y correlación entre las diversas vocaciones (*Ib.*, nn. 30-32).

Desde una perspectiva que es a la vez cristológica, pneumatológica y eclesial, se puede descubrir cómo la vida consagrada refleja algunos aspectos de la Iglesia, o si queremos, cómo la Iglesia a través de la vida consagrada vive y testimonia algunos aspectos que pertenecen a su misterio y a su misión. Será suficiente recordar aquí algunos de estos aspectos, remitiendo al texto de la Exhortación: su dimensión pascual (*Ib.*, n. 24), su presencia en el mundo (*Ib.*, n. 25), su esperanza y compromiso escatológicos (*Ib.*, nn. 26-27), su perfil

mariano (*Ib.*, n. 28), su llamada a vivir las bienaventuranzas en el mundo (*Ib.*, n. 33), su carácter esponsal (*Ib.*, n. 34), su nota viva de santidad (*Ib.*, n. 35), su nota carismática (*Ib.*, n. 36).

Eclesiología y espiritualidad de comunión

El segundo capítulo está estructurado en tres grandes apartados. En el primero de ellos, bajo el título *Valores permanentes*, encontramos trazada una amplia y concreta eclesiología de comunión como marco referencial de la vida consagrada.

De esta manera se completa la visión eclesial de la vida consagrada en el primer capítulo, como acabamos de esbozar, y se deja para el tercero todo ese amplio abanico de realidades que constituyen la dimensión apostólica de la Iglesia.

Los temas fundamentales desarrollados en esta perspectiva de la eclesiología de comunión arrancan también en este caso de una perspectiva trinitaria de una Iglesia a imagen de la Trinidad (*Ib.*, n. 41) y de una vida de fraternidad que es espacio de la vida trinitaria, del amor recíproco y de unidad entorno a la presencia viva de Cristo, presente en medio de la comunidad (*Ib.* n. 42).

En torno a este núcleo propulsor e inspirador, la Exhortación va desarrollando, bajo una expresión que se repite en varios números, «espiritualidad de comunión» (*Ib.*, nn. 46, 51, 52), una serie de perspectivas teológicas y pastorales que tienen como denominador la comunión eclesial: el sentir con la Iglesia y la fraternidad en la Iglesia universal (*Ib.*, nn. 46-47), la ordenada y rica presencia de los carismas en la iglesia particular (*Ib.*, nn. 48-50), la fraternidad en un mundo dividido, como reflejo de la experiencia de comunión universal que las personas consagradas realizan (*Ib.*, n. 51). De aquí se pasa a la colaboración con los diversos Institutos y a los organismos de coordinación (*Ib.*, nn. 52-53). Se abre finalmente el nuevo y prometedor campo de la comunión y colaboración con los laicos (*Ib.*, nn. 54-56), coronado con los densos números acerca de la presencia de la mujer consagrada en la Iglesia (*Ib.*, nn. 57-58).

Una vigorosa dimensión de espiritualidad

Toda la Exhortación Apostólica está transida de una fuerte inspiración espiritual y de una llamada a la espiritualidad vivida y co-

municada. No hay que olvidar que hoy la espiritualidad es la última frontera de la actualidad de la Iglesia y de la vida consagrada. Hay por doquier un fuerte deseo de que la teología se transforme en vida, que la pastoral desemboque en una fuerte y rica experiencia espiritual. La última preocupación de la vida consagrada debería ser hoy cómo sacar del hontanar de los propios carismas razones y energías espirituales de consagración y de misión en una vida fraterna comprometida. No cabe duda que esta dimensión de espiritualidad será la dimensión del futuro. Y en esto, como en la perspectiva de la teología trinitaria y de la misión, la Exhortación está en plena línea con la actualidad eclesial.

La espiritualidad aparece en el documento desde múltiples perspectivas, como vida y testimonio. Como experiencia y como pastoral de la espiritualidad y de la santidad. Por eso encontramos una acentuación en la *Introducción*, en los tres capítulos y en la *Conclusión*.

En líneas generales, la *Introducción* presenta, junto a la descripción de cada una de las formas históricas de la vida consagrada, los rasgos esenciales de su espiritualidad.

En el primer capítulo todo parte de una fuerte inspiración espiritual que invita a fijar la mirada contemplativa en el Cristo del Tabor, para ser atraídos por El y entrar en un proceso de cristificación, meta última de la vida consagrada (*Ib.*, nn. 18-19).

De manera más explícita el tema de la espiritualidad y de la santidad se sitúa bajo la acción del Espíritu de santidad como necesario soporte, dimensión de transfiguración de la vida, especial referencia al seguimiento a la docilidad al Espíritu de santidad (*Ib.*, n. 35). De aquí fluyen algunas exigencias espirituales como la ascesis activa y pasiva, el combate espiritual y la oración (*Ib.*, n. 38), la llamada a desarrollar formas personales y comunitarias de promoción de la espiritualidad y de la santidad (*Ib.*, n. 39).

En el capítulo segundo hay acentos específicos de una espiritualidad comunitaria. Es de capital importancia el paso que la Exhortación hace en varios contextos de la teología de la comunión a la *espiritualidad de la comunión*, encomendada en concreto a las personas consagradas como expertos de comunión en la Iglesia y para el mundo (*Ib.*, nn. 46.51-52).

En el capítulo tercero la espiritualidad apostólica encuentra otras expresiones. En realidad, todo el dinamismo apostólico está bajo el signo de una vivencia de la caridad, un servir con el mismo amor de Cristo (*Ib.*, nn. 73-75), y con una llamada a una sólida espiritualidad apostólica o espiritualidad de la acción (*Ib.*, n. 74).

Otras perspectivas de la espiritualidad son las del servicio de los pobres y su opción preferencial por ellos; una opción sostenida por una fuerte motivación cristológica y el apoyo de sugestivos textos de la tradición cristiana (*Ib.*, n. 82). Otro capítulo importantes es el del profetismo que arranca de la amistad con Dios y puede llevar hasta el don supremo del martirio (*Ib.*, nn. 84-86). Con sensibilidad antropológica y social el Santo Padre presenta el gran desafío de los votos, el testimonio contra corriente de los consejos evangélicos que dan pleno sentido a la vida consagrada en su dialéctica evangélica con el mundo (*Ib.*, nn. 87-92). Todo ello alentado por un vasto programa de espiritualidad que se funda en la constante escucha de la palabra, en la renovada tradición y aplicación de la lectio divina, en la comunión con Cristo mediante la vida sacramental (*Ib.*, nn. 93-95).

Finalmente la sobreabundante gratuidad del amor personal a Cristo y el servicio de los hermanos más necesitados es la palabra última y culminante de la espiritualidad, perspectiva final de la Exhortación en los números conclusivos (*Ib.*, nn. 104-105).

Una fuerte llamada a la misión

Desde la teología y desde la espiritualidad, la Exhortación propone en el tercer capítulo una amplia visión de la misión de la vida consagrada. Nos encontramos ante la parte más novedosa del texto, quizá porque responde mejor a la avanzada apostólica y misionera de la vida consagrada en los últimos tiempos. De esta forma, la Exhortación parte de la visión de la vida consagrada desde el misterio de la comunión trinitaria para abrir sus perspectivas a la misión trinitaria, que abraza en Cristo todos los horizontes humanos, desde la perspectiva del amor.

Tenemos ante todo una fuerte afirmación de la unión entre consagración y misión (*Ib.*, n. 72) y una apología de la espiritualidad apostólica o una sólida espiritualidad de la acción (*Ib.*, nn. 73-74).

Se trata de una dimensión que se abre, desde el mismo amor de Cristo hasta el don de sí, con el icono del lavatorio de los pies (*Ib.*, n. 75), a las muchas perspectivas de la misión, a la opción por los pobres, desde la unidad de vida, amor de Dios y del prójimo, hasta ese «dejar a Dios por Dios» de San Vicente de Paul que es síntesis de la unidad entre contemplación y servicio, oración y apostolado. Hoy es importante que la unidad del amor, según el ejemplo de Cristo, fecunde a la vez el momento de la contemplación del rostro transfigurado de Cristo y el servicio a los hermanos que llevan también la imagen viva de Cristo en sus rostros desfigurados (*Ib.*, nn. 75.82).

Es notable la importancia que el documento atribuye a la primera evangelización y a la misión *ad gentes* como máxima obra del apostolado, opción prioritaria para que Cristo sea conocido y amado (*Ib.*, nn. 77-78). De aquí fluye también la presencia de la vida consagrada en la nueva evangelización (*Ib.*, n. 81) y la consecuente tarea de la opción preferencial por los pobres (*Ib.*, n. 82). Dentro de esta opción se sitúa el cuidado de los enfermos, un campo éste decididamente crucial porque supone también la opción fundamental por la vida en los ambientes de la sanidad (*Ib.*, n. 83).

Aquí se presentan también los nuevos o renovados areópagos de la misión en nuestro tiempo: el campo de la educación y de la cultura, la presencia en el campo de la comunicación social (*Ib.*, nn. 96-99). Se trata de campos en los que los religiosos y religiosas han tenido siempre una presencia viva, con carismas antiguos y nuevos, y en los que se juegan hoy la suerte de la cultura y el futuro de la humanidad, sobre todo por el influjo masivo en la cultura ambiental y en las nuevas generaciones.

Finalmente, la Iglesia confía a la vida consagrada, según los diversos carismas y presencias, la tarea de entablar un diálogo salvador con todos. Se abren pues a la vida consagrada los grandes diálogos de la Iglesia: el diálogo ecuménico entre cristianos (*Ib.*, n. 100-101; el interreligioso respecto a las grandes religiones mundiales (*Ib.*, n. 102); la sensibilidad nueva respecto a los hombres y mujeres de nuestro mundo, atraídos por la búsqueda de lo sagrado y quizá, sobre todo, inquietos por una nostalgia de Dios (*Ib.*, n. 103).

Una mirada realista a las tareas y desafíos de la vida consagrada en el momento presente

La Exhortación Apostólica no ha soslayado problemas y desafíos que hoy tiene la vida consagrada. La luz de la teología, la fuerza de la espiritualidad, los horizontes de la misión, vigorizan el presente y el futuro de los Institutos de vida consagrada y de las Sociedades de vida apostólica, pero sin ignorar los problemas y los retos del futuro.

El Papa ha diseminado en varios momentos de su Exhortación este análisis de la realidad y ha dado orientaciones concretas. Es suficiente recordar algunos sectores. Ya en la *Introducción* se hace referencia a las dificultades que ha atravesado la vida consagrada en los últimos decenios (*Ib.*, nn. 3.13).

Forma parte de esta reflexión la llamada del Papa a la fidelidad creadora al carisma de los Fundadores (*Ib.*, nn. 36-37), la afirmación del valor de la oración y de la ascesis, la memoria del combate espiritual (*Ib.*, n. 38).

Se recuerda en el segundo capítulo la misión de la autoridad y el papel de las personas ancianas (*Ib.*, n. 43-44).

De una importancia decisiva es todo lo que el Santo Padre propone en el apartado III del segundo capítulo, bajo el epígrafe: *Mirando hacia el futuro*. Examina las dificultades en las que se encuentran muchos institutos (*Ib.*, n. 63) y ofrece las líneas maestras de una pastoral vocacional (*Ib.*, n. 64), a la vez que desarrolla con una exquisita sensibilidad los aspectos cruciales de la formación inicial y permanente, con todas sus dimensiones que tienden a formar personas nuevas, configuradas a Cristo en su misterio pascual (*Ib.*, nn. 65-71).

Las páginas sobre la formación constituyen una preciosa síntesis en la que teología y espiritualidad se ven aliadas con la atención a las personas y la perspicaz perspectiva de su crecimiento espiritual y psicológico.

5. Balance y perspectivas

La Exhortación Apostólica se presenta, pues, como un texto que conserva los valores que la tradición eclesial atribuye a la vida consagrada y con una apertura al presente y al futuro. Un balance provisional del documento nos permite hacer esta especie de síntesis de valores nuevos y antiguos.

Hay una memoria de los valores esenciales de la vida consagrada —vocación, consagración y misión— desde una perspectiva teológica nueva. En lo teológico tenemos la perspectiva trinitaria, en lo eclesial la eclesiología y espiritualidad de comunión, en lo apostólico una apertura a los grandes retos y horizontes de la misión, de la primera y nueva evangelización, de los diálogos abiertos a la cultura moderna.

Se ha reafirmado con mayor fuerza el carácter evangélico de la vida consagrada, o de la profesión de los consejos evangélicos, en cuanto perteneciente esencialmente a la Iglesia de Jesús. Se trata de una afirmación implícita de la fundación eclesial de la vida consagrada como de derecho divino. El Papa ha afirmado la dignidad de la vida consagrada, su objetiva excelencia, por el valor de la virginidad, por la imitación de la vida de Cristo, por su sentido escatológico. Se ha clarificado que la profesión de los consejos evangélicos supone y exige una consagración nueva y especial, fundada en la elección por parte de Dios y la dedicación total a su servicio. Todo ello requiere una consagración y una misión, un don particular del Espíritu Santo que consagra y envía.

La Exhortación ofrece también una afirmación más clara y una formulación más explícita de la existencia de tres vocaciones o estados en la Iglesia: laicos, clérigos, personas consagradas. Se ha intentado también enunciar la explicitación de la relación entre las diversas vocaciones o estados.

Se han recogido algunas novedades ya asumidas en el proceso sinodal y en el Sínodo, como fruto de la vida consagrada en los últimos decenios: revalorización de las formas antiguas y nuevas, fidelidad creativa, presencia en la iglesia local, colaboración y comunión más estrecha con los laicos, presencia, dignidad y misión de la mujer consagrada en la Iglesia...

Hay que recordar que algunos temas que requieren particular estudio y un cierto contraste o adaptación de la legislación canónica actual han sido remitidos a un ulterior estudio y solución: entre ellos cabe destacar la clausura de la monjas y las federaciones; la presencia de los hermanos y su participación en el gobierno en los Institutos mixtos; la entidad, discernimiento y organización de las nuevas formas de vida consagrada.

6. Conclusión: mirando al futuro

La Exhortación Apostólica mientras confirma un pasado y asume las novedades elaboradas en los últimos decenios, se abre al futuro. El Papa mismo hace una fuerte llamada al futuro. No se trata solamente de contar una historia, sino de construirla.

Una historia que se juega con el discernimiento y transformación de las obras apostólicas, la fidelidad creadora en comunión con el carisma de los Fundadores, una renovada pastoral vocacional unitaria, una eficaz perspectiva de formación inicial y permanente.

De la fidelidad de la vida consagrada a estas perspectivas depende el crecimiento orgánico de toda la Iglesia. Por eso se trata de un documento que merece ser leído con atención, actuado con entusiasmo, transmitido con ese mismo tono de confianza y esperanza que el Santo Padre ha querido infundir a todos.

Vita consecrata es, pues, un documento que ilumina los caminos de la vida consagrada, en comunión con la Iglesia y su misión, y abre al evangelismo del seguimiento de Cristo según los consejos evangélicos y a la rica herencia de los carismas históricos de los Santos los senderos del tercer milenio.

El Papa mismo nos exhorta en varias ocasiones a mirar hacia el futuro, como en este texto que es ya una invitación a la fidelidad y a la esperanza: «Mientras confío en que los hijos de la Iglesia, y en particular las personas consagradas, acogerán con adhesión cordial esta Exhortación, deseo que continúe la reflexión para profundizar en el gran don de la vida consagrada en su triple dimensión de la consagración, la comunión y la misión, y que los consagrados y consagradas, en plena sintonía con la Iglesia y su Magisterio, encuentren así ulteriores estímulos para afrontar espiritual y apostóli-

camente los nuevos desafíos» (*Ib.*, n. 13). Un futuro que el Papa en su oración conclusiva del documento encomienda a la Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y a la intercesión de la Virgen María (*Ib.*, nn. 111-112).

JESÚS CASTELLANO CERVERA, O.C.D.

De la Orden de los Carmelitas Descalzos, nació en Villar del Arzobispo (Valencia). Es doctor en teología y se ha especializado en espiritualidad litúrgica. Es profesor de teología sacramentaria y de espiritualidad litúrgica en la facultad Teresianum y en el Instituto «Regina Mundi», de Roma. Consultor de la Congregación para la doctrina de la fe. Ha colaborado en la redacción de varios diccionarios especializados y en revistas de liturgia y espiritualidad. Es autor de numerosos artículos y obras, como *Oración ante los iconos: los misterios de Cristo en el año litúrgico*, 1993, y *El Año litúrgico, memorial de Cristo y mistagogía de la Iglesia*, 1994.

